



HOGARES DON BOSCO
FORMACIÓN CRISTIANA

ETAPA III

LA EXPERIENCIA FAMILIAR
DE JESÚS DE NAZARET
HIJO DE MARÍA, HIJO DEL PADRE

JUAN JOSÉ BARTOLOMÉ, PROFESOR DE SAGRADA ESCRITURA
JORNADAS DE ESPIRITUALIDAD DE LA FASA 2017

***Por la extensión del tema cada grupo lo puede adaptar a sus necesidades. Puede darlo en una, dos o tres reuniones.**

La experiencia familiar de Jesús de Nazaret *Hijo de María, hijo del Padre*

JUAN JOSÉ BARTOLOMÉ, PROFESOR DE SAGRADA ESCRITURA

ORACIÓN

“Si es verdad que Jesús se presenta como modelo de obediencia a sus padres terrenos, sometiéndose a ellos (cf. Lc 2,51), también es cierto que él muestra que la elección de vida del hijo y su misma vocación cristiana pueden exigir una separación para cumplir con su propia entrega al Reino de Dios (cf. Mt 10,34-37; Lc 9,59-62). Es más, él mismo a los doce años responde a María y a José que tiene otra misión más alta que cumplir más allá de su familia histórica (cf. Lc 2,48-50). Por eso exalta la necesidad de otros lazos, muy profundos también dentro de las relaciones familiares: «Mi madre y mis hermanos son estos: los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra» (Lc 8,21)”.¹

1. Los datos

Si se exceptúan los llamados *evangelios de la infancia* (Mt 1,18-2,23; Lc 1,5- 2,52), la tradición evangélica apenas menciona la familia de Jesús. Y cuando lo hace, no suele presentarla demasiado favorablemente: iniciado el ministerio en Galilea, Jesús fue tenido por enajenado por «los suyos», quienes intentaron hacerlo regresar de nuevo a casa (Mc 3,20-21; cf. Jn 10,20); cuando visitó Nazaret, «conciudadanos, parientes y los de su casa» no creyeron en él (Mc 6,4). Mientras predicó el reino de Dios, no contaba con ningún familiar entre sus seguidores (cf. Jn 7,2-5). Solo el cuarto evangelio recuerda la presencia de su madre, junto a Jesús y sus discípulos, durante una boda, en Caná de Galilea, al inicio del ministerio público (Jn 2,1-12) y, al final, durante su agonía y muerte en cruz (Jn 19,25-27; cf. Mc 15,40-41; Mt 27,55-56; Lc 23,49.55).

Pero no fueron sus más allegados quienes se distanciaron de él, fue el mismo Jesús, quien a lo largo de su ministerio público, adoptó una “actitud aparentemente anti-familiar”.² Y no sólo con su propia familia (Mc 3,31-35; Mt 12,46-50; Lc 8,19-21), sino también con las familias de sus discípulos, a los que impuso romper con ellas como consecuencia inmediata de la invitación a ser seguido (Mc 1,20; 10,28-30) o, incluso, como condición previa para iniciar el seguimiento (Lc 9,59-62; 12,52-53; 14,26).³

Pues bien, a pesar de esa profunda reserva que Jesús mantuvo con respecto a la vida de familia, suya y de los suyos, la tradición evangélica transmite suficientes episodios en los que no deja de valorarla positivamente. Reivindica el deber de honrar a los padres (Mc 7,6-13) y defiende la indisolubilidad del matrimonio legítimo (Mc 10,2-12; Mt 19,2- 12; Lc 16,18). Anima a acoger y bendecir a los niños de otros, algo bastante inusual en su tiempo (Mc 10,13-16; Mt 19,13-15; Lc 18,15-17). Envía a sus discípulos a anunciar el evangelio a las familias y a permanecer en sus casas (Mc 6,10; Mt 10,12-15; Lc 10,5-7). Y él mismo, durante todo su ministerio público, mantuvo relación de amistad con algunas familias, aceptando su hospitalidad (Mc 1,29-31; 11,11; 14,3; Lc 10,38-42; Jn 11,1- 45). Llegó, incluso, a presentar la relación familiar como modelo y meta del discipulado (Mc 3,31-35) o como su mejor recompensa (Mc 10,28-30).

¿Cómo poder explicar esa evidente ‘ambigüedad’ de Jesús con la familia, la suya y la de los suyos?

2. La institución familiar en tiempos de Jesús

Jesús de Nazaret vivió y murió en el seno de una sociedad agraria que, inmersa en la cultura del levante mediterráneo, consideraba la familia como la institución social básica. Organizada para procurar autosuficiencia y protección a sus miembros, se articulaba a través de una red jerarquizada de relaciones, en las que no dominaba entre sus miembros el afecto sino, más bien, la autoridad paterna. La vida familiar se desarrollaba, principalmente, en casas, lugares donde habitaban sus miembros, que tenían especial cuidado en preservar los usos y tradiciones del grupo familiar.

La familia miraba a salvaguardar la identidad de los individuos y la continuidad del grupo, garantizando la vida sobre la tierra, y después de la muerte, a través de la memoria de su descendencia (Eclo 30,4; 44,10-11; 46,12). Punto de referencia fundamental para sus miembros, les proporcionaba un preciso y diferenciado rol social, por el que quedaban integrados en la sociedad. Promovía y custodiaba la buena fama y les aseguraba los medios de producción (bienes materiales, un oficio), un patrimonio para vivir (herencia, honra) y esa cohesión y solidaridad grupal que no facilitaban entonces las autoridades, civiles o religiosas.

La familia estaba definida, y dominada, por la figura paterna, cuya autoridad en el hogar era casi absoluta (Eclo 7,18-28). El honor familiar, patrimonio de todos sus miembros que se sentían obligados a defenderlo, y un profundo sentido de pertenencia la mantenían unida. Los varones gozaban de mayores privilegios; eran los responsables de mantener el honor en la familia, que se jugaba principalmente en honrar a los padres, viviendo bajo su autoridad (Eclo 3,11; cf. Éx 20,12; Dt 5,16; Lv 19,3). La relación entre padres e hijos varones era estrecha y permanente, pues en ella se basaba la continuidad de la familia. Mujeres y niños dependía de su relación con el padre, sin cuyo favor y subordinación no podían sobrevivir. Hasta que los hijos varones no llegasen a ser adultos, la relación con la madre era muy estrecha e influyente en el acontecer diario. Viudas y huérfanos quedaban en una situación muy precaria, pues era la familia – excepción hecha de la caridad pública – la única posibilidad de obtener protección y ayuda.

La tierra, bien limitado y unidad básica de producción, era en la Palestina del siglo I el principal sostén económico. Patrimonio familiar por excelencia, las leyes pretendían que su posesión se mantuviera entre la parentela más próxima; pero el proceso de concentración de la propiedad en pocas manos era un fenómeno creciente en una sociedad rígidamente estructurada, donde la neta separación por clases dificultaba el cambio de status social y la prosperidad de las familias menos pudientes. Entre éstas, habrá que colocar la familia de Jesús, si José, su padre (Lc 4,22), fue artesano de oficio (Mt 13,55) como habría sido el mismo Jesús (Mc 6,3).

En tiempos de Jesús las familias se distinguían por el hogar que habitaban, el número de miembros que hospedasen en él, la capacidad de asegurar ayuda y protección a la parentela, la cantidad de tierras que poseyeran y, en consecuencia, la clase social a la que pertenecían. La gran mayoría, formada por familias de campesinos y obreros manuales, estaba constituida por familias nucleares, vivían en casas de adobe, con madera y ramaje por techumbre; en su interior encontraban cobijo lo mismo personas que animales.

Niños y adolescentes, si no pertenecían a familias pudientes, estaban entre los grupos más desfavorecidos de la sociedad. El trabajo infantil era un hecho, social y económicamente, necesario. A partir de los seis años los niños encontraban trabajo en su propio hogar o en el campo, junto al padre y hermanos mayores; para la mayoría, el trabajo manual les proporcionaba la única formación que recibían. El tiempo de trabajo era de sol a sol; cuando se trabajaba fuera de casa solía remunerarse, al inicio, con la una única comida; más tarde, con un pequeño salario. A veces, el trabajo del niño servía a saldar las deudas del padre.

La niñez era vista como un estadio de transición, en el que los niños tenían que abandonar su inmadurez y dependencia hasta llegar a asumir su responsabilidad en relación con la ley divina; la obediencia a Dios, más que la inserción en la sociedad, era el objetivo. Este camino es acompañado por la educación, que, básicamente oral y familiar (Prov 1,8), no desdeñaba la severidad en el trato, ni los castigos (Eclo 30,12; Prov 13,24; 22,15; 23,13- 14). Cuidar del padre trae bendiciones; despreciarlo

procuraba males (Eclo 3,8-16); desobedecerle, incluso la muerte (Dt 21,18-21; 27,16).

Obligación de los padres era enseñar (Prov 4,1-4) y transmitir la fe del pueblo (Éx 12,26-27; 13,14-15; Dt 6,20-24; Jos 4,6-7.21-23). En familia se aprende un oficio, la forma de relacionarse con el entorno y, sobre todo, las tradiciones del pueblo (Dt 32,46-47). La lectura, repetición y memorización de la Ley era el instrumento normal de aprendizaje; su objetivo, la interiorización de la historia del pueblo y de la Alianza. La familia era, por tanto, el lugar primario de socialización y de identificación para un niño; en ella y a través de ella, el niño participaba activamente en el culto y en la vida social.

Para el niño su adultez iniciaba a los 13 años (Gén 17,25), edad que señalaba el final de la educación y el inicio de la responsabilidad social. Mientras el padre viviera, el hijo no tenía tierra propia, trabajaba con y para el padre. Honrarlo era el segundo supremo mandamiento (Éx 20,12; Éx 21,15.17; Eclo 3,2.8.16). El matrimonio era considerado obligación: a los dieciocho años, para varones; a partir de los trece, para las muchachas (m. *Ab* 5,21), consumado el cual los hijos se desligaban un tanto de sus familias, gozando de cierta autonomía.

Atentar contra la vida de familia o simplemente renunciar a ella comportaba la más absoluta marginación social. Siendo el grupo familiar el lugar primario de identidad, no tener casa propia comportaba vivir socialmente estigmatizado. Quien vivía sin casa y sin techo (Lc 9,57-58), cualquiera que fuera el motivo, se convertía en un desclasado, que había adoptado un estilo de vida poco honorable, itinerante (cf. Mc 1,14-39) y sin arraigo (cf. Lc 9,57-60).

3. Jesús y su(s) familia(s)

Jesús vivió la mayor parte de su vida en el seno una familia de artesanos en Nazaret, una aldea sin relevancia de Galilea (Jn 1,46). El hecho es relevante: fue acogido como hijo, aprendió a ser hombre y se preparó a su misión en el seno de una familia de pocos recursos. Dios se eligió una madre, para nacer hombre (Lc 1,31-35; 2,7). Y se dotó de una familia (Mt 1,18-21.24), para llegar a crecer y madurar como tal (Lc 2,39-40.51-52).

La voluntad de hacerse humano impuso a Dios tener que convertirse en hijo. No sólo quiso ser hombre, tuvo que aprender a serlo, *como nosotros*, acogido, educado y durante la mayor parte de su vida acompañado por una familia. Fue su libre opción, pues no estaba obligado Dios a salvarnos, ni – menos aún – a convertírsenos en igual para lograrlo. Si el motivo de nuestra salvación fue el amor que Dios nos tiene, la encarnación fue el modo de su realización. Y dotarse de una familia, la lógica consecuencia.

Una familia, en Nazaret, fue el hogar y escuela de humanización del Hijo de Dios. De hecho, menos los pocos años – entre uno y tres – , los últimos de su vida, cuando se dedicó por entero a predicar el reino de Dios, Jesús pasó su existencia en el seno de una familia, de todos conocido como hijo de José (Lc 4,22; Jn 6,42), el artesano (Mt 13,55), hijo de María, hermano de Santiago, José, Judas y Simón (Mc 6,3; cf. Mc 3,31-35; Mt 13,55; Hch 1,14; Gál 1,19; 1 Cor 9,5). No se contentó Dios, pues, con «nacer de mujer» (Gál 4,4), quiso contar con una familia donde crecer «*en sabiduría, estatura y gracia delante de Dios y de los hombres*» (Lc 2,52).

No habría que pasar por alto que para hacerse hombre Dios tuvo que imponer su voluntad a los padres que se eligió. Tuvo que anunciar a sus padres su propio nacimiento y convencerles para que dieran su asentimiento. Y ello, a pesar de que antes de conocer la propuesta del Dios que los quería convertir en padres de su Hijo, María y José ya habían optado por crear una familia (Lc 1,27; Mt 1,18). Para sus padres ahijar a Dios supuso hacerle espacio en lo más íntimo de su mutua e íntima relación y renunciar a un proyecto de vida común ya iniciado.

Tanto María como José, aunque de forma diferenciada, como diversas fueron su implicación personal y las funciones dentro de la familia querida por Dios, tuvieron que pagar un precio por ser su familia. No lo pagaron *para serlo*. Nunca lo hubieran merecido: no llega a familiar de Dios quien quiere, sino aquel a quien Él se lo propone. La familia de Jesús pagó, eso sí, un precio *por serlo*, como consecuencia de tener a Dios como hijo.

La tradición evangélica, con tanta discreción como honestidad, no ha ocultado los hechos. Ya desde su nacimiento, pero, sobre todo, durante el periodo del ministerio público, la relación de María con Jesús fue cada vez haciéndose más difícil y distante, una situación que, si a nosotros hoy nos sigue sorprendiendo, María mal pudo entender: no la dejó otra salida que *«guardar todo en su corazón»* (Lc 2,19.51).

Para lograr su consentimiento y convertirla en madre virgen de su Hijo, Dios había enviado a Gabriel con una propuesta irresistible (Lc 1,32-33: *«Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre»*). Cuando María dio a luz al hijo de Dios en Belén y *«envuelto en pañales, lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada»* (Lc 2,7), tuvo que dejarse evangelizar por unos desconocidos, unos pastores a quienes Dios había enviado sus ángeles (Lc 2,17). Cuarenta días después, cumplido el tiempo de la purificación, al presentar sus padres el niño al Señor en el Templo, siguiendo la ley de Moisés, un anciano les predijo un pavoroso porvenir (Lc 2,35-36: *«Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción, y a ti misma una espada te traspasará el alma»*). ¡Bonita manera tiene Dios de pagar los servicios prestados!

Aún adolescente

Decisivo para entender la ambigua posición del Jesús adulto con respecto a la vida de familia es el episodio de la pérdida de Jesús en el templo (Lc 2,41- 50), un curioso suceso que Lucas, el único evangelista que lo transmite, sitúa al final de su adolescencia. Más que un incidente familiar, que lo fue, el extravío de Jesús adolescente en Jerusalén representa para el evangelista el pórtico narrativo idóneo para la crónica de la misión pública de Jesús.

En sí mismo lo ocurrido podría haber pasado desapercibido, por normal. Los padres, a los que el narrador considera auténticos padres, nada vieron de especial en su hijo..., hasta que, una vez perdido, lo volvieron a encontrar. Tras el reencuentro se topan con que su hijo se sabe – y se prefiere! – hijo de Dios: *«¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?»* es la primera frase que Jesús, aún adolescente, pronuncia en el evangelio (Lc 2,49).

La anécdota, de carácter biográfico, mira a asegurar la identidad de Jesús por su relación filial con Dios.⁴ Su estructura narrativa es clara: se sitúa la acción en el contexto de fiesta anual en Jerusalén (Lc 2,41-42), donde, inexplicablemente, Jesús se extravía (Lc 2,43-45). La reacción de los padres, lógica e inmediata (Lc 2,46-48), hace más sorprendente la respuesta de Jesús (Lc 2,49), como muy bien el evangelista registra con precisión (Lc 2,50).

El relato, que se abre identificando a los padres de Jesús como una familia piadosa (cf. Lc 2,27; 1 Sam 3,21; 2,19), subiendo a Jerusalén para celebrar la pascua, se centra inmediatamente en la edad que Jesús tenía en esa ocasión: estaba por cumplir trece años y entrar en la mayoría de edad. Esta anotación es decisiva: no estaba aún obligado a subir a Jerusalén; pero era deber paterno habituar a los hijos al cumplimiento de la ley, sobre todo, ahora que pronto, llegando a ser adulto, iba a tener que vivir sometido a ella (cf. Bill II 144-147). Así lo preparaba su familia para que asumiera, aún adolescente, su responsabilidad ante Dios y ante los hombres.

⁴⁶ *«Al cabo de tres días lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y preguntándoles. ⁴⁷ Y todos los que le oían se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas. ⁴⁸ Y viéndolo se quedaron atónitos. Y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos hiciste esto? Mira que tu padre y yo, angustiados, te estábamos buscando.»»*

La ausencia de Jesús en la comitiva de regreso pasa, en un primer momento, desapercibida. Y en el relato queda inexplicada. Tampoco se aduce la razón de la permanencia de Jesús en el templo. Después de tres días de angustiada búsqueda, sus padres logran dar con él. En el templo, y no entre parientes y conocidos, lo encontraron sus padres, sentado en medio de doctores, como uno de ellos: oyente e interlocutor en una asamblea de maestros (cf. Lc 5,3; Mt 23,2; 26,55). El asombro es general (cf. Lc 4,22), dada la capacidad para comprender e inquirir (cf. Is 11,2; 1 Crón 22,12) del adolescente (cf. Sab 8,10). La sabiduría que lo llenaba se hace ahora evidente (Lc 2,40). Conoce la voluntad de Dios, sin haberla aprendido de los rabinos.

A la sorpresa de los presentes se une la extrañeza de los padres. Y es la madre quien toma la palabra (Lc 2,48), hecho inesperado estando presente el padre. Más que compartir la admiración de los presentes (Lc 2,47), la madre se manifiesta dolida por la acción su hijo. No se alegra al reencontrarlo; la desconcierta cuanto está haciendo. Y no oculta sus sentimientos. Sus palabras, elegidas con cuidado, buscan una explicación. Lo sigue tratando como niño, al dirigirse a él como a hijo querido («*téknon*», cf. Lc 15,31; 16,25) y le habla de su angustiado padre. No se centra en su angustia, privilegia la del esposo («*tu padre y yo, angustiados*»). Y subraya su dolida incompreensión: «*¿por qué has hecho con nosotros así?*». Da a entender, implícitamente, que no se esperaba semejante comportamiento. Podría entender que se hubiera extraviado en la gran ciudad; no que lo hallara conversando con letrados, admirados de su saber.

49 «Y les dijo: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que me conviene estar en las cosas de mi Padre?»

50 Y ellos no entendieron ni palabra de lo que les decía.»

La profecía de Simeón ha tardado poco en empezar a cumplirse (Lc 2,35 a: «*y a ti misma una espada te traspasará el alma*»). En realidad, no fue ella quien perdió a su hijo, fue el hijo, y a sabiendas, quien dejó a sus padres; no había sido un extravío ocasional; se ausentó voluntariamente (cf. Lc 2,49b). El ya no tiene otra ocupación que su Padre.

Para la madre, y para el lector actual, la respuesta de Jesús es aún menos comprensible que su comportamiento. Habla por vez primera para afirmar, veladamente, quién es y a qué debe dedicarse. Enfáticamente, con dos preguntas, cuestiona la doble pregunta de la madre. En realidad, le responde preguntando a su vez. No critica la angustia de sus padres, sino el motivo: no tendrían que haberlo buscado; «*deberían*» haber sabido que no está sujeto a autoridad humana alguna, por sagrada que sea; se debe a su Padre. «*Estar en sus cosas*» es su prioridad, su misión personal.

Más que defenderse, Jesús contrataca. No fue un capricho ni una casualidad, sino su deber lo que lo separó de ellos. No hizo lo que quiso, sino aquello que de él se quería. No entiende muy bien, pues, que sus padres se quejen. Ha actuado no por simple conveniencia, sino por esa necesidad interior que le domina y le lleva a vivir en conformidad con el querer del Padre.

Si la dolida incompreensión de María se apoya en la piedad debida a los padres, según mandamiento de la ley de Dios, la actuación de Jesús nace de su piedad filial para con Dios. Su vida no la domina su familia, sino su Padre. Sus padres tienen un hijo, que en realidad no es suyo, como bien saben ellos (y el lector del evangelio; cf. Lc 1,31-32.35; Mt 1,20-21). Y, lo que es aún menos excusable, no deberían haberlo olvidado. El hijo de Dios al Padre se debe, y no se pierde cuando de sus cosas se ocupa.

Jesús, adolescente, desvela a sus padres su filiación divina y su exclusiva misión:⁵ afirma que, siendo hijo, debe estar en lo que atañe al Padre. Y no tiene que pasar desapercibido que sea «*Padre*», apelativo dirigido a Dios, la primera palabra y la última de Jesús en el tercer evangelio (Lc 2,49; 23,46): toda su vida consciente está entendida como vivencia filial. Jesús, aún muchacho, afirma su necesidad de servir al Padre sobre todas las cosas, una necesidad que nace de su conciencia filial: filiación divina y misión evangelizadora van juntas. Saberse hijo, sin otra ocupación que el Padre y sus cosas, es la razón de su sabiduría. Causa de que perdiera, momentáneamente, a sus padres fue su obediencia filial a Dios.

El drama familiar reside en la neta oposición “entre el programa de los padres y el del hijo: la voluntad de los padres tiene que ver con la ley; la voluntad de Jesús, con la revelación.”⁶ Nada de extraordinario, pues, que ellos no entiendan lo que les dice (Lc 2,49: «*¡ni palabra!*»). Contrasta con la inteligencia de Jesús (Lc 2,40.52) su falta en los padres (Lc 2,49). Sólo ellos conocían el verdadero origen de Jesús (cf. Lc 1,32.35; Mt 1,18-24). Pues bien, ni el don de una maternidad virginal, ni el nacimiento celebrado en Belén por ángeles y pastores, ni la profecía de Simeón, ni una estrecha convivencia diaria, hizo a María [y a José] comprender a su hijo. A María le queda aún un largo camino hasta que logre entender a su hijo (cf. Lc 8,19-21; 11,27-28).

51 «Y bajó con ellos y fue a Nazaret. Y les estaba sometido. Y su madre guardaba todo en su

corazón.»

La filiación divina, reivindicada tan temprano por Jesús, no le libera de la patria potestad: vuelve con sus padres a Nazaret y allí, a una vida de obediencia. Pudiera parecer normal, pero ello supuso a los padres de Jesús vivir una situación anómala. Tal regreso, tras una expresión tan rotunda de su identidad, hace más extraordinario lo ordinario: el sometimiento del hijo de Dios a unos progenitores, que en realidad no lo fueron. No es lo que pudiera haberse esperado tras la voluntaria pérdida y su motivación. El hecho fue que saberse hijo de Dios no eximió a Jesús de vivir sometido - ¡toda una vida! - a sus padres en Nazaret.

El desconcierto aumenta cuando en Nazaret los padres deben convivir con quien se debe a *otro* Padre. Todo lo sucedido, y no exclusivamente la respuesta de Jesús, es lo que María guarda en su corazón (Lc 2,51b: «*todas las cosas*»). Y aunque no lo entiende, tampoco lo olvida: en el corazón, centro de la persona, sede más que de afectos de la conciencia y de la voluntad, conserva el recuerdo de lo sucedido (cf. Lc 1,66) y busca el sentido escondido entre lo que ha presenciado y el comentario de Jesús. Escuchar a Dios sin entenderlo es la forma mariana de no perderlo (cf. Lc 2,19; 8,19-21; 11,27-28).

Un acontecimiento normal en la vida de una madre la obliga a hacerse mejor creyente: pierde al hijo en el templo para siempre, aunque vuelva como hijo a su casa, sometido a la patria potestad. Crece ante ella su hijo y junto a él debe crecer su fe. Llevó al hijo en su seno hasta que lo dio a luz; lo tendrá que llevar en su corazón para no perderlo (Lc 8,21; 11,28). A la gestación carnal ha de seguir la gestación cordial, ambas posibles solo por la fe. La primera exige fe para que se realice; la segunda, para que no se pierda.

⁵² «Y Jesús progresaba en sabiduría, madurez y gracia ante Dios y los hombres.»

Lucas añade una breve anotación con la intención de cubrir todo el período de juventud de Jesús hasta su aparición, ya adulto, en el desierto para ser bautizado por Juan (cf. Lc 3,21): «*crecía en sabiduría, madurez y gracia ante Dios y los hombres*» (Lc 2,52). La apostilla, aunque breve es preciosa: aporta toda la información que tenemos sobre Jesús desde su niñez hasta el inicio de su ministerio público.

Llega así a su final natural una crónica que comenzó con un infante en brazos de María (Lc 2,12.16), pasa a ser niño (Lc 2,17.27-40) e hijo suyo (Lc 2,43) y termina como hijo de Dios (Lc 2,49): sobre los doce primeros años de Jesús, y sobre los veinte restantes, Lucas nada tiene que decir. Querido de todos, crece madurando como hombre el hijo de Dios..., durante treinta años, en el seno de su familia.

Ya adulto

Excepción hecha de los relatos de la infancia, la tradición evangélica guarda silencio sobre la figura de José, el padre de Jesús (Lc 4,22; Jn 6,42). Para captar, pues, la relación de Jesús con su propia familia durante los años del ministerio público no queda otra opción que centrarse en su madre y sus hermanos.

Pues bien, causa sorpresa la escasa atención que dedican los cuatro evangelios a la familia de Jesús, formada por María, que suele ser identificada, casi siempre, como «*la madre de Jesús*» (Mt 13,55; Jn 2,1.3; 19,25; Hch 1,14) y sus hermanos, Santiago, José, Judas y Simón (Mc 6,3; cf. Mc 3,31-35; Mt 13,55; Gál 1,19; 1 Cor 9,5). Y llama aún más la atención que la madre de Jesús, a medida que avanza la narración evangélica, aparezca cada vez menos en ella (Mc 3,31-32; Mt 12,46-47; Lc 8,19-20; Jn 2,1-11; cf. EvTom 79,1-2).

Y, si lo hace, tiene poco que decir (Lc 11,27-28; Jn 19,26-27; cf. Hch 1,14).

La imagen que emerge de estos datos es la de una relación de Jesús con su familia, que, estrecha en los inicios, después del nacimiento de Jesús, se fue haciendo menos frecuente, durante la época del ministerio público; y tuvo apenas algún contacto en los momentos finales, durante la semana de su pasión y resurrección. Desde un punto de vista estrictamente histórico, hay que asumir que esta etapa fue la más duradera - y la más dura - de la vida de María: cuanto más tiempo su hijo vivía, menos le pertenecía. Por otra parte, como a cualquier madre.

De hecho, la tradición evangélica, parca como es en la transmisión de noticias en torno a la familia de Jesús, nos presenta un episodio, iniciado el ministerio de Jesús en Galilea, en el

que es Jesús mismo quien contrapone públicamente sus parientes más cercanos con sus seguidores noveles (Mc 3,31-35; Mt 12,46-50; Lc 8,19-21; cf. Jn 7, 3-5). Jesús ya se ha decidido por una vida itinerante y ha abandonado Nazaret, su patria (Mc 6,1; Mt 13,54) y el hogar (Lc 9,58; cf. Mc 1,14-39), haciendo de Cafarnaúm su lugar de residencia (Mt 4,13; 9,1), donde tenía, al parecer, casa propia (Mt 13,1.36; cf. Mc 2,1; 3,20; 9,33).

El incidente, transmitido por los tres sinópticos, está de tal modo narrado que señala una neta ruptura entre Jesús y los suyos: familiares (Mc 3,20- 21.31-35) y enemigos (Mc 3,22-30; cf. Mt 12,22-32; Lc 11,14-23) se unen en el rechazo temprano de Jesús y de su misión. La familia de Nazaret, con indudable interés por la persona de Jesús; los escribas de Jerusalén, con la frialdad de un razonamiento teológico. Sólo le quedan a Jesús sus discípulos, con los que compartir enseñanza, causa y sentimientos.

La escena se desarrolla en tres actos: el primero (Mc 3,20-21) sirve para situar la acción en una casa e insinuar que el tema del rechazo público de Jesús inicia en el seno de su propia familia. En el segundo (Mc 3,22-30) Jesús se defiende de la acusación de connivencia con Belzebú (Mc 3,22.30) con un discurso parabólico (Mc 3,23-27) que se cierra con una solemne toma de posición: no tendrá perdón quien lo rechace (Mc 3,28-29). El tercero (Mc 3,31-35) se centra en definir cuál es, para Jesús, su auténtica familia. El texto es fundamental: no solo queda situado algún tiempo después de que Jesús haya abandonado Nazaret (Mc 1,9), sino, sobre todo, implica un grave y público desaire que Jesús hace a su propia familia, estando ella presente.

20 Llega a casa y de nuevo se junta tanta gente que no los dejaban ni comer. 21 Al enterarse su familia, vinieron a llevárselo, porque se decía que estaba fuera de sí.

Jesús, que acaba de formar el grupo de los doce en un monte (Mc 3,13-14), regresa a casa, en Cafarnaúm (Mc 3,20). La nueva localización, un hogar por él frecuentado, sirve para introducir el tema de la verdadera familia de Jesús. Se supone que lo acompañan sus discípulos, recién elegidos, aunque al redactor le interesa sólo señalar la presencia masiva de la muchedumbre (cf. Mc 3,32): tantos eran los que le acompañaban que ni comer podía. Presumiblemente, no era el número de personas, sino el cúmulo de trabajo lo que no dejaba libre a Jesús (cf. Mc 6,31).

El acoso al que está sometido llega a oídos de los suyos. No pueden entender las razones que impelen a Jesús a llevar semejante vida. No le interesa al narrador anotar cómo lo supieron. Prepara el encuentro posterior (Mc 3,31), dando a entender que salieron de Nazaret en su búsqueda. Llegarán hasta él tras una agria discusión con los escribas de Jerusalén (Mc 3,22-30; cf. Mt 12,22-32; Lc 11,14-23; 12,10). Llevaban la intención de traerse a Jesús consigo a la fuerza, regresarlo a casa y apartarlo, así, de cuanto estaba haciendo.

De hecho, es duro el juicio que la febril actividad de Jesús les merece: es inestable, «*está fuera de sí*». Semejante opinión pudiera encubrir la convicción de que Jesús estuviera bajo dominio diabólico (cf. Mc 3,24-26).⁷ Si no eso, lo menos que deja ver la afirmación es la incomprensión que Jesús, desde los inicios de su misión, encontró en su propia familia (cf. Jn 7,5).

La noticia, demasiado penosa como para ser inventada por la comunidad cristiana (de hecho, tanto Mateo como Lucas la omitirán), refleja bien la situación prepascual, en la que bastantes, familiares incluidos, no creyeron en la misión personal de Jesús (cf. Jn 7,3). La tradición evangélica es unánime en anotar el extrañamiento de Jesús de su familia durante su ministerio público. El hecho es del todo verosímil: metido tan de lleno en las cosas de Reino, Jesús pudo dar la impresión a sus más allegados de no estar del todo en sus cabales: lleno de Dios, fuera de sí; ocupado en el reino, no encontraba tiempo para cuidar de sí.

31 «Llegan su madre y sus hermanos y, desde fuera, lo mandaron llamar. 32 La gente que tenía sentada alrededor le dice: “Mira, tu madre y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan». 33 Él les pregunta: “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?”. 34 Y mirando a los que estaban sentados alrededor, dice: “Estos son mi madre y mis hermanos. 35 El que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre”».

La madre y los hermanos de Jesús reaparecen, apenas terminada la polémica sobre la

posesión diabólica de Jesús. Como más tarde, en Mc 6,3, el narrador cita a María por su parentesco no por su nombre. La familia opta por quedarse fuera de la casa donde Jesús está hablando, y manda llamarlo para llevárselo a la fuerza (Mc 3,21), presumiblemente, al hogar familiar (cf. Mc 6,1-6). Su intención, aunque comprensible, los hace distantes: no buscan a Jesús, lo requieren; no lo siguen, quieren que les siga; no entran en su casa, desean que vuelva al domicilio familiar. Se quedarán fuera del hogar de Jesús..., y de sus afectos.

La noticia de la llegada de su familia le llega a Jesús en casa (Mc 3,20), rodeado de una multitud de oyentes que está sentada en torno suyo (Mc 3,32). Queda así aludida la diferencia de actitudes frente a Jesús: los familiares tienen que buscarle para verle; sus oyentes viven a su alrededor. Quien va por él, no lo tiene; quien lo escucha, se mantiene en su presencia.

La reacción de Jesús, ante el aviso de la presencia de su familia, comporta una afrenta, grave por ser pública. Preguntándose en público «¿quiénes son mi madre y mis hermanos?» (Mc 3,33), afirma desconocer a los que vienen y no aceptar sus pretensiones sobre él. Teniendo en cuenta lo dicho anteriormente (cf. Mc 3,20-21), aparece un motivo que explicaría el comportamiento de Jesús, tanto como el de su familia: ésta no logró comprender lo que estaba haciendo y se equivocaba al enjuiciarlo.

A la desautorización pública añade Jesús el menosprecio (Mc 3,34): no reconoce más familia que a cuantos en ese momento están a su alrededor oyéndole sentados. Los ha contemplado, antes de hablar: quiere que los identifique su corazón antes que sus palabras en público. Proclama así, frente a la familia carnal, su nueva familia. La ruptura con los suyos no puede ser más evidente, ni menos desconsiderada: “hasta aquí Jesús podía considerarse un buen judío-galileo, hijo de familia y hermano honorable. A partir de aquí inicia una ‘aventura nueva’ de creación de familia. Este es el momento clave de su decisión”.⁸

La nueva familia de Jesús no nace de la sangre (cf. Jn 1,13). Ni siquiera puede Jesús elegírsela. No surge porque él lo diga, o de quienes prefiera su corazón. Suyos son los que hacen suyo el querer de Dios (Mc 3,35). Con tan rotunda aseveración Jesús aminora un tanto el conflicto familiar. No contrapone directamente familia a discípulos; los discípulos no han estado presentes siquiera en toda la escena. Ni mucho menos ataca a su familia carnal: ella puede llegar a serlo de verdad, si hace la voluntad de Dios. Jesús no opta por un grupo determinado, sino por todos los que lo toman en serio, se ocupan en escucharlo sentados y cumplen con Dios.

Pero no es menos obvio que se distancia de sus familiares y de sus adversarios, unos por creerse con derechos sobre él, aunque sean los derechos del corazón, y otros por creer que sirve a Satán, apoyándose supuestamente en lo que de Dios saben. En ambos casos, son sus antagonistas, porque se oponen al proyecto de Dios. No hay más que una forma de hacerse con el afecto de Jesús, hacer la voluntad de su Dios. Familiarizarse con el querer de Dios obtiene el querer de Jesús.

Quien oye hoy la afirmación de Jesús no tiene por qué envidiar ni a discípulos ni a familiares de Jesús: hacer la voluntad de Dios es 'evangelio', buena noticia, para quien se quiera seguidor de Jesús, porque lo convierte en uno de los suyos, su auténtica familia, no la que le ha sido dada por Dios, sino aquella por la que de los que, como él, optan por «*ocuparse en las cosas del Padre*» (Lc 2,49; cf. Mc 3,35; Mt 12,50; Lc 8,21).

La ‘nueva’ familia de Jesús

“Entre los datos duros y seguros de la vida de Jesús se cuenta el hecho de que abandonara su puesto en la familia y en la aldea”.⁹ Pues bien, renunciar a la familia “tenía consecuencias difícilmente imaginables hoy”. Al ser la vida familiar decisiva en la vida ordinaria de los individuos e imprescindible para su supervivencia, “la mayor pobreza consistía en carecer del apoyo de una familia, y no, como entre nosotros, en carecer de recursos económicos”.¹⁰ Quien renunciaba a la propia familia aceptaba el ostracismo social y la estigmatización personal. Fuera uno considera incluso profeta, si dejaba el hogar y la familia caía en la deshonra pública, que acarrearía verse privado de la solidaridad familiar y del reconocimiento social (cf. Mc 6,4; Mt 13,57; Jn

4,44; EvTom 31).

Así pues, en el mundo patriarcal y en la sociedad campesina en donde vivió Jesús de Nazaret, desentonaba fuertemente la actitud personal que mantuvo con su propia familia (Mc 3,20-21.31-35; 6,1-6a; Jn 7,3-5) y, no menos, la exigencia impuesta a sus seguidores de abandonar sus hogares y quebrar su vida familiar (Mc 1,19-20; 10,28-30; Lc 9,58-62; 10,52-53; 14,52). Porque una cosa era optar personalmente por la marginación social alejándose de la propia familia, medida en sí misma insólita y contracultural, y otra, bien distinta, imponer a quienes compartían vida y causa ese su estilo de vida, desarraigado y marginal, como consecuencia de haber roto con la propia familia.

Es cierto que no exigió a todos sus simpatizantes dejar hogar y familia. No lo es menos que a algunos, a los que seleccionaba personalmente, los llamó para que convivirán con él y fueran sus enviados (Mc 3,14-15; 6,7). Seguirle no era simplemente aprender de él, mientras con él se convivía; seguirle no tenía límite, ni temporal, no era una ocupación transitoria, ni local, implicaba el abandono de la propia casa, de la familia y del medio de vida.

Jesús no impuso a sus seguidores más cercanos nada que él no estuviera ya viviendo. Les invitó a compartir su proyecto personal y quiso que colaboraran con él para hacerlo realidad (Mc 1,16-18.19-20). Cuando habló de dejarlo todo (Mt 19,21), él ya lo había dejado (Mt 8,20). Dijo que habría que estar dispuesto a romper con la familia (Lc 14,25), cuando él ya no vivía con ella (Lc 8,19-20), ni, permaneciendo célibe, tenía mujer o hijos (Mt 19,12). Les advirtió que habrían de estar dispuestos a dar la propia vida (Mc 8,34), inmediatamente después de haber anunciado que él iba a hacerlo (Mc 8,31). No exigía renunciar a cuanto fuera objetivamente malo.

Imponía abandonar lo que era bueno de verdad: bienes materiales (Mc 10,21; Mt 19,21; Lc 18,22), afectos familiares (Mc 10,28-30; Lc 12,51-53), la propia vida (Mc 8,35; Mt 10,39; Lc 9,24). Pero siempre, y solo, que lo exigiera el Bien por excelencia, Dios y su reino (Mc 8,35).

Seguirle a él y vivir junto, y como él, al servicio del reino tienen prioridad absoluta (Mt 12,30; Lc 11,23). No hay obligación por sacra que sea, que se les iguale, ni siquiera enterrar al propio padre (Mt 8,18-22; Lc 9,57-62). Él y el reino de Dios han de ser preferidos a cualquier otro bien. Jesús no soportaba que se compaginase el servicio a Dios con cualquier otra servidumbre (cf. Mt 6,33), por noble que realmente fuera. La dedicación a él y a su causa era sin reservas, ni dilaciones. Su causa, el reino de Dios, iba siempre en primer lugar: era innegociable e indemorable (cf. Lc 9,59-62). Una vez descubierto, obligaba a despojarse de cualquier otra ocupación o proyecto que lo obstaculizara (Mt 13,44-46).

Si la renuncia a la propia familia llevó a Jesús y a sus más discípulos más cercanos a una situación social de pobreza material, desarraigo social y desamparo permanente, compartir con ellos vida y causa fue posible porque Jesús los condujo a vivir en una nueva familia donde todos eran hermanos, y Dios solo el padre de todos (Mt 13,50; 23,8-9). La radical transformación que implicaba esa nueva forma de vivir en familia era consecuencia y prueba de la llegada del reino del Padre (cf. Lc 11,2), que se realiza cuando los hijos «*están en las cosas del Padre*» (cf. Lc 2,49). En Nazaret fue la voluntad del Padre quien proporcionó a su Hijo una familia (Lc 1,26-27; Mt 1,18); en Cafarnaún (Mc 3,20) fue la escucha de voluntad de Dios, proclamada por el Hijo, y su ejecución lo que fundó su nueva familia (Mc 3,35).

4. Conclusión

Queriéndonos salvar, Dios se encarnó, “nacido de mujer” (Gál 4,4), “hecho semejante a los hombres” (Flp 2,7). Es así como nos salvó, “y así es como nos muestra lo que salva”.¹¹ La encarnación no es, pues, únicamente salvación ya realizada, *hecho* salvífico, es también *método* de salvación, el camino que Dios nos ha señalado para apropiárnosla.

1. Consecuencia de la decisión de Dios, que quiso asemejársenos para salvarnos, fue el dotarse de una familia. No le bastó a Dios hacerse *uno de nosotros*, es que *no* lo quiso ser *sin nosotros*. Hecho hombre, Dios quiso aprender a ser *como nosotros*, teniendo que madurar como

hombre en el seno de un hogar, “cuna de la vida y del amor en la que el hombre «nace» y «crece»”. Para el cristiano la familia, esa “escuela de humanidad más completa y rica”, no es – en primer lugar – una opción estratégica que defender en la sociedad actual, por urgente que ello sea. Es, sobre todo, ‘buena noticia’ que vivir antes que anunciar, evangelio que testimoniar. *Es la experiencia familiar del Dios hombre lo que convierte a la vida de familia en el lugar de aprendizaje del creyente donde madura en humanidad y sabiduría al tiempo que crece su conciencia de hijo de Dios* (cf. Lc 2,49- 52). En consecuencia, no queda al arbitrio del cristiano el vivir en familia su fidelidad a Dios; ni es electivo la promoción y defensa de la vida de familia en la sociedad en que vive.

2. Dicho lo cual, hay que añadir que el creyente no puede hacer de la vida de familia un absoluto innegociable, esa primacía solo corresponde a Dios Padre. Dios dio una familia a su hijo: nunca el don es mayor, ni mejor, que el Donante. Así lo vivió Jesús y es lo que exigió a los que llamaba

No llegaba aún Jesús a estrenar adultez, cuando se atrevió, y públicamente, a perderse como hijo de María y José, para reencontrarse en el Templo de Dios como su Hijo, dedicado a las cosas de su Padre. Y cuando ya adulto, se consagró por entero a ellas, el reino de Dios, no sólo abandonó patria chica y familia, sino que no reconoció más familia que a cuantos compartían vida y causa, conociendo y cumpliendo la voluntad de su Padre.

La familia de Nazaret fue el inapreciable don que Dios hizo a su Hijo para que madurara como hombre. Llegado a su madurez humana y filial, Jesús se liberó del don para dedicarse de lleno al Donante. *La familia, por cristiana que sea, no es dueña de los hijos; ha sido puesta al servicio de su crecimiento “en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres”* (Lc 2,52). En esa meta está su gloria.

3. El Dios de Jesús encuentra sus hijos entre quienes buscan su voluntad. Jesús mismo, y en presencia de su familia natural, es quien ha considerado hermano, hermana y madre, a quien se le hermana en el esfuerzo por buscar el querer de Dios y ponerlo por obra. *El creyente en el Dios encarnado construye su familia, hoy como ayer, a base de obediencia al Padre.* Tal fue el caso de Jesús, quien «*siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer*» (Heb 5,8). Tal, el de su madre, que empezó a serlo de Dios apenas se declaró su sierva (Lc 1,38.42). Obediencia a Dios, que no el deber más sagrado ni los afectos más profundos, es el factor decisivo para convertirse en familia de Jesús. Si optar por el reino, lo dejó huérfano, optar por Dios le restituyó una familia. No es que presentase, sin más, a sus discípulos como verdadera familia. Tampoco– ¡bien entendido! – renegó de la suya porque no le hubiera estado cercana durante su misión evangelizadora. *Jesús declaró, ante su familia carnal, cuál es el camino para familiarizarse con él: quien hace el querer de Dios se hace con su querer.* Los siervos de Dios son sus hermanos, sus hermanas y su madre; Jesús mantiene con ellos esas relaciones tan estrechas e indisolubles como las que se dan entre quienes nacieron del mismo vientre.

4. Llama la atención que Jesús, quien se arriesgó a desafiar los valores del parentesco y la vida de familia, imaginase a sus seguidores como una nueva comunidad en la que cohabitan personas que, sin estar vinculados por consanguinidad, conviven como si fuera una familia, es decir teniendo como inspiración y meta las relaciones de parentesco que se daban en el seno de una familia, en la que no hay más que un padre (Mt 23,9) y donde todos son hermanos (Mc 3,31-35; 10,28-30); donde la relación filial con Dios, confiada y constante, es siempre estimulada (Lc 11,9-13); y la imitación del Padre, ordenada (Mt 5,48; Lc 6,36); donde los adultos debían hacerse como niños (Mc 9,33-36; Mt 18,3-4; Lc 9,46-48) Mc 10,13-16) y los niños acogidos con preferencia (Mc 9,36-37; 10,13-16; Mt 19,13-15; Lc 18,15-17); donde el servicio mutuo (Mc 9,34-35) y el cuidado fraterno (Mt 5,21-24; 18,15.21-22) es inculcado y la rivalidad o la búsqueda de poder, terminantemente desaconsejada (Mt 20,20-28; Mc 10,35-45; Lc 22,24-27); donde no cabe la preocupación por vestir o comer (Mt 6,25-34; Lc 12,22-32) y, menos aún, el ansia de atesorar bienes para el día de mañana (Mt 6,33-34; Lc 12,33-34).

Si, concluyendo, tuviera que resumir cuanto dicho en una sola afirmación, diría que “el misterio de la

Encarnación del Verbo en el seno de una familia nos revela” no sólo “que ésta es un lugar privilegiado para la revelación de Dios al hombre”,¹² sino que *la aceptación del Dios revelado como Padre lleva a asumir una nueva forma de vivir en familia, donde los hijos han de ocuparse, primordialmente, de los asuntos del Padre*. Donde esté el Padre allí encuentran sus hijos el hogar y a sus hermanos.

Juan J. Bartolomé, sdb
Tlaquepaque, 24 octubre 2016

1 FRANCISCO, *Amoris Laetitia*. Exhortación Apostólica Postsinodal sobre el amor en la familia (19 marzo 2016), n. 18.

2 S. GUIJARRO, “La familia en el movimiento de Jesús”, en ID., *Jesús y sus primeros discípulos*, Verbo Divino, Estella, 2007, 145.

3 Por ello resulta chocante que una postura tan radical, asumida por quienes convivieron con él hasta su muerte, no se mantuviera en el grupo de discípulos después de la resurrección: las generaciones que crearon el NT no compartieron la posición, ambigua cuando no contraria, de Jesús con respecto a la institución familiar y terminaron por organizarse según el modelo familiar

4 La filiación divina de Jesús no es una sorpresa para el lector: había sido anunciada por el ángel en el relato de la anunciación (Lc 1,35) y preparará la declaración de Dios en el bautismo de Jesús (Lc 3,21-22). Novedoso es que aquí que sea el adolescente Jesús quien la afirme sin ambages.

5 Es la primera vez que a Jesús se le da voz en el evangelio, donde había sido ya proclamado hijo del Altísimo (Lc 1,32), hijo de Dios (Lc 1,35), Salvador, Cristo, Señor (Lc 2,11).

6 F. BOVON, *El evangelio según san Lucas*. I (Lc 1,1-9,50), Sigueme, Salamanca, 2005, 221.

7 Entre los judíos la locura era consecuencia de posesión demoníaca (cf. Jn 7,20; 8,48.52; 10,20-21).

8 X. PIKAZA, *La familia en la Biblia*. Una historia pendiente, Verbo Divino, Estella, 2014, 347

9 G.THEISSEN, *El movimiento de Jesús*. Historia social de una revolución de los valores, Sigueme, Salamanca, 2005, 39.

10 GUIJARRO, “Familia en el movimiento”, 158.

11 BENEDICTO XVI, “Discorso nell’udienza alla Curia Romana in occasione della presentazione degli auguri Natalizi” (22.12.2005): *L’Osservatore Romano* (23 diciembre 2005), 6.

12 SÍNODO DE OBISPOS, III Asamblea General Extraordinaria, *Los Desafíos pastorales sobre la familia en el contexto de la evangelización*. Instrumentum Laboris, n. 3

• PARA PENSAR Y DIALOGAR

El texto es tan rico y sugerente que basta caer en la cuenta en lo que nos ha llamado la atención, recordar ejemplos propios y llegar a compromisos que nos ayuden a vivir el verdadero amor cristiano. Terminamos rezando todos un Padrenuestro.